

Texto de León Felipe Barron

“Las notas prohibidas de Tito Livio”

Fue inevitable para mí, al leer “Las notas prohibidas de Tito Livio”, intentar hallar el lado literario. Y es que, por supuesto, este es un libro que juega desde un inicio con lo aparente, trabaja con la simulación, aspecto característico de la literatura. Cuando se mira atentamente la portada del libro y se lee cuidadosamente el título uno se sabe que está ante un texto que intenta llamar la atención del lector de manera astuta. Desde el inicio, el texto nos da la indicación de que hay que transitarlo cuidadosamente pues hay una trampa ahí. En el título se despliega un juego de sustituciones al que hay que estar atentos, si es que el lector no quiere perderse en el laberinto que puede producir un solo nombre: Tito Livio. Es justo la dimensión literaria de este libro de Juan Antonio Isla la que permite jugar con los nombres. ¿Quién es Tito Livio? Como todo lector, que nunca llega desde cero a una lectura, se puede responder rápidamente que ese nombre referenciado es el del historiador romano nacido en Padua y que Dante elogiara siglos después en su “Divina comedia”; sin embargo, cuando se pone el nombre del romano junto a las palabras: “las notas prohibidas” inmediatamente surgen algunas preguntas, ¿a qué notas prohibidas se refiere el libro?, ¿acaso el libro trata de algún descubrimiento reciente sobre la obra del historiador de la cual gran parte se encuentra perdida? Cuando uno abre las primeras páginas se da cuenta que no es este el caso, que el nombre no refiere a Tito Livio, aquel que murió el año 17 después de Cristo. Tito Livio es la máscara con la que se cubre a Giancarlo Colombini. Aquí se descubre la primera sustitución, el juego ficcional que recorre el libro.

Colombini fue un archivista de la Biblioteca Apostólica Vaticana a quien el cardenal Ratzinger encomendó la tarea de: “hacer notas relevantes y sinópticas sobre la vida y la obra

Texto de León Felipe Barron

de los emperadores romanos y los papas". Este libro es el resultado del trabajo de Colombini, rebautizado por el cardenal que a la postre se convertiría en Papa. En él, como seguramente nos comentará el autor, están plasmados personajes históricos, sus breves biografías escritas como notas, que rescatan anécdotas importantes, están divididas en tres secciones: La monarquía, La república y el Imperio. En el trascurso de ellas aparece, tan solo por nombrar algunos nombres, Catón, Tiberio Graco, Pompeyo, Julio César, Marco Tulio Cicerón, Calígula y Nerón. Esto en la primera parte del libro que comprende la historia del Imperio romano. En la segunda parte conformada igualmente por las notas de Giancarlo Colombini hallamos la vida de hombres remarcables para la historia de la Iglesia católica como Lino, Clemente, Calixto, Ponciano, entre otros muchos hasta llegar a la historia más reciente de la iglesia como Juan Pablo II, por supuesto, Ratzinger también figura en el libro, pero especialmente como una figura que ayuda a la conformación de estas notas y de este libro. Evidentemente, hay que dejar al lector el repaso cuidadoso de estos nombres.

Pero regreso a la idea de poner en duda la autoría del libro para desentrañar la conformación de éste. ¿Realmente las notas encargadas por Ratzinger al archivero Colombini es lo que tenemos entre las manos, como se sugiere en el libro? ¿O esto no es más que otra bifurcación que remarca el lado narrativo-literario del libro?

Antes de contestar esto, recurro a la Poética de Aristóteles, donde el filósofo señala la diferencia entre la historia, la filosofía y la poesis. La historia nos dice, trata de lo que ya fue, mientras que la filosofía y la poesis versan sobre lo que podría ser, es decir, sobre las posibilidades. En apariencia las tres formas discursivas quedan fijadas mediante su definición; sin embargo, la historia también se combina con la poética, con lo literario. Este es el caso de este libro donde las dos formas se mantienen una a la otra sin perder su

autonomía. Lo literario, que aquí tiene que ver con la posibilidad de proponer un juego autoral, permite leer de una manera diferente la historia, y esto es así porque como dijera Víctor shklovski, el teórico del formalismo ruso, el arte tiene el potencial de desautomatizar la percepción, de hacernos detener la mirada para observar cómo está compuesto el artificio textual. Esto opera en “Las notas de Tito Livio” mediante las cartas de Giancarlo Colombini al cardenal Ratzinger. En esos momentos es cuando otro tipo de escritura acontece, se deja ver la voz de Colombini, sus preocupaciones e incluso sus demandas al cardenal. La correspondencia abre un tiempo diferente dentro del libro, pues suspende por unos momentos la historia para dar paso a un discurso subjetivo que da cohesión al resto de la escritura, a la vez que hace que la atención del lector, si estaba empezando a disiparse se active de nuevo.

En el apartado “Breve mensaje al cardenal” Colombini expresa sus dudas. No sabe cuál será el resultado de esas notas que le han costado, como él lo dice: “sangre” y “poderosas dudas”, y no podría ser de otra forma porque el contenido de ellas revela que muchos de los actores principales de la historia de la iglesia no fueron dignos representantes de la fe cristiana. Colombini le comenta al cardenal que él puede hacer lo que quiera con esos escritos que fueron su encargo. Aquí se abre una tercera historia que se cuela secretamente entre las otras dos que son las más evidentes: la historia del imperio romano y la de la iglesia. La tercera historia que permite el juego ficcional es el lado oculto que se desvela en la vida de algunos personajes de la iglesia y que propicia el reclamo de Colimbini al cardenal y que dice: “finalmente hay algo que no puedo dejar de mencionar: su triste papel de haber dado carpetazo al tema de los pederastas, miembros de la Iglesia, que causaron terribles daños en la mente de miles de jóvenes y niños. Deseo de todo corazón que su pontificado, si se cumplen los pronósticos, tenga las luces de su inteligencia y no lo nuble el pasado por la

Texto de León Felipe Barron

culpa de haber ocultado información que pudo castigar ese cáncer que fue el abuso sexual cometido por sacerdotes y hasta cardenales contra menores”.

Estas palabras cierran esa tercera historia que, de manera tangencial, pero fuerte señala un pasado que sigue sin resolverse y que se continua hasta el presente. Giancarlo Colombini, como nos dice una aclaración del inicio del libro desapareció, no se supo nada más de él. Lo que nos queda son sus notas. Pero así como el nombre de Tito Livio es el nombre-máscara con el que se oculta en el título a Giancarlo Colombini, Colombini también es otra máscara con el que el verdadero autor de estas notas se oculta para escabullirse entre sus palabras. Un juego de ocultamientos que evocan una escritura borgesca, y que nos recuerdan de algún modo el “Diccionario jázaro” Milorad Pavic.